

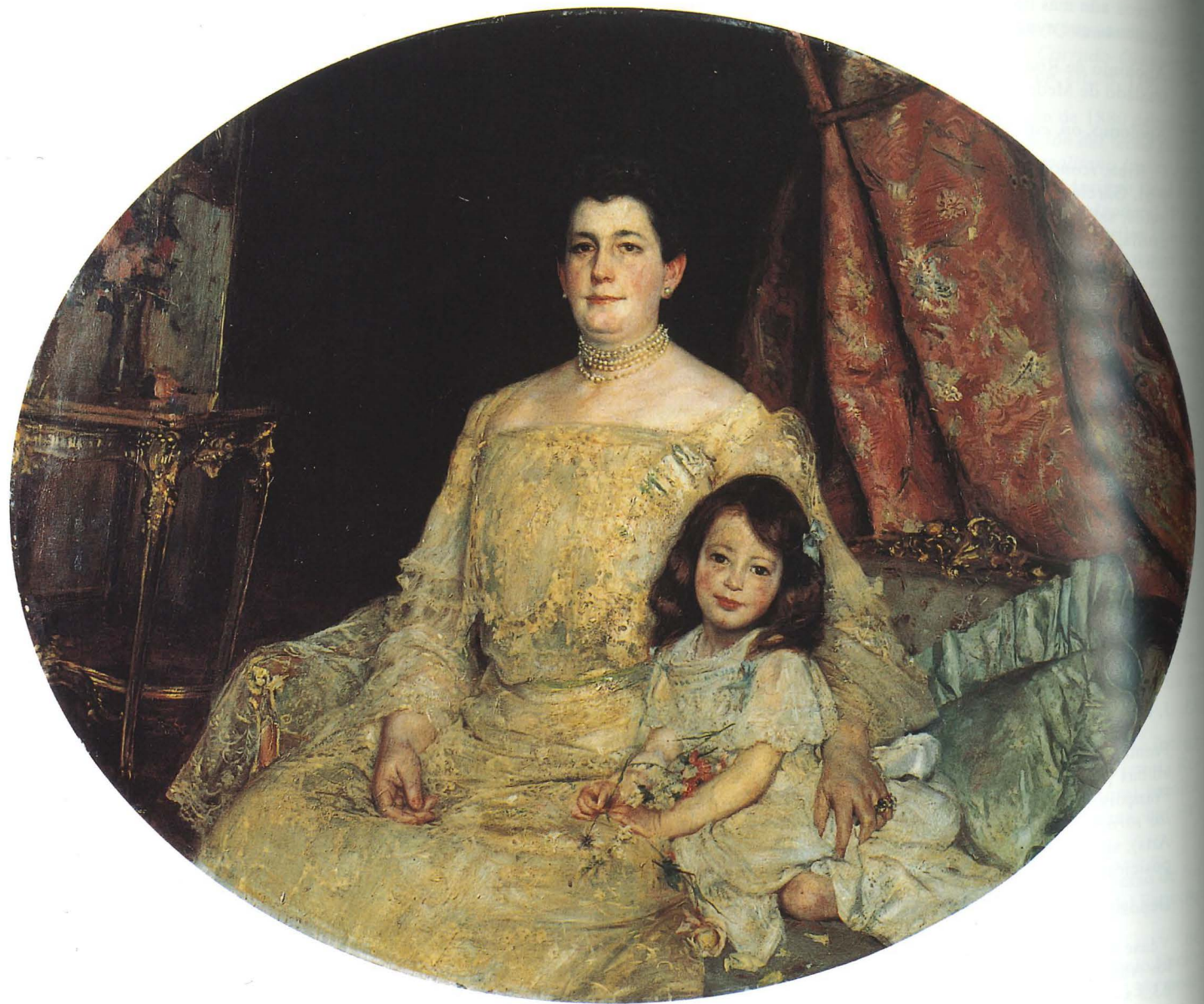
MORENO CARBONERO Y LA CONDESA DE YEBES. RETRATO INÉDITO DE DOS MODELOS SINGULARES

Por ALBERTO DE LA BÁRCENA PÉREZ

Recientemente, el Estudio de Restauración de pintura integrado por Victoria Olábarri Cervantes y Virginia de Frutos Rejos, con sede en Madrid, ha procedido a limpiar, barnizar y reintegrar una importante obra de José Moreno Carbonero¹ que, por encontrarse desde su creación custodiada en colecciones particula-

res, se mantenía inédita hasta la fecha. Se trata de un lienzo de forma ovalada y gran formato (123,5 x 149 cm), ejecutado en 1904, que representa a la Condesa de la Viñaza junto a su hija Carmen, nacida tres años antes. Es una pintura académica y amable por su técnica y composición así como por la fisonomía de las

José Moreno Carbonero, *Retrato de la Condesa de la Viñaza y su hija*, 1904. Colección particular, Madrid. Antes de la restauración.



retratadas, sentadas en primer plano sobre un sofá de reducidas dimensiones que, junto con una pequeña consola dorada y un biombo, constituye el único mobiliario perceptible en una oscura estancia que se adivina de grandes proporciones, decorada en el estilo convencional de la época. El cuadro —de pincelada suelta y factura muy empastada— constituye un magnífico exponente de la retratística de su autor.

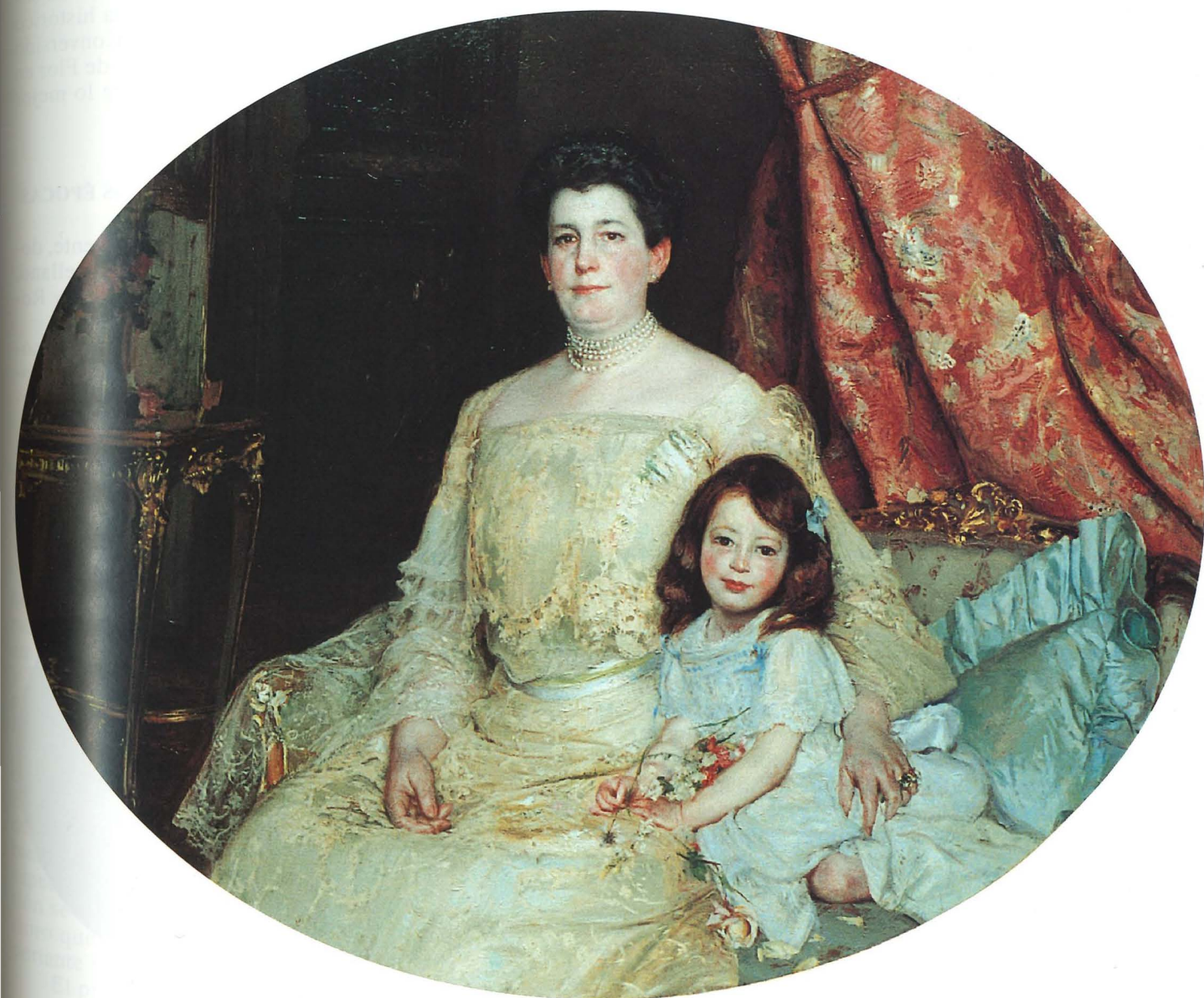
LA RESTAURACIÓN

En cuanto a la historia material de la obra, que aparece firmada y fechada en la zona inferior izquierda, se aprecian intervenciones anteriores a la restauración actual, como son la reducción y cambio de formato del lienzo, que originalmente fue rectangular, y en el momento de la restauración era ya ovalado, constando fehacientemente por la declaración del actual

propietario, así como por la investigación histórica llevada a cabo, que dicha modificación tuvo que producirse hace no menos de cuarenta años. En el travesaño central del bastidor aparece el sello de Macarrón S.A., quién sin duda ancló el lienzo al mismo.

Al proceder a su limpieza se descubre que todo el fondo de la composición sufrió también una importante transformación que pudo ser inmediatamente posterior a la conclusión del encargo. Incluso se encuentran claros indicios de modificaciones realizadas sobre la marcha por el propio pintor, como prueba el hecho de que al eliminarse la capa oscura que, a modo de repinte, cubría el fondo inicialmente, aparecieron elementos que permanecían ocultos y que son, al parecer, obra de su mismo pincel, como restos de un sillón dorado totalmente desproporcionado y fuera de lugar en cuanto a la composición general de la obra, que el propio Moreno Carbonero había ocultado al resolver darle a ese fondo una solución completamente distinta. Dicho sillón que-

El cuadro una vez restaurado.





Detalle con la firma de José Moreno Carbonero y la fecha de 1904.

da reflejado en la fotografía que presentamos (p. 247) que registra el momento de ejecución de la obra.

Finalizada la limpieza, aparece un nuevo elemento que cambia completamente la composición del fondo. Se trata de una columna estriada y levantada sobre una gran base que confiere a la obra una mayor profundidad. También es ahora perceptible la silueta de una planta (quentia) tras el hombro derecho de la condesa de la Viñaza.

Por otro lado, a simple vista se aprecia la forración en el reverso de la obra, llevada a cabo, probablemente, a consecuencia de un golpe que rasgó el lienzo original en su mitad superior izquierda, dejando una señal de 19,5 cm de largo, encontrándose posiblemente en este desperfecto la causa del posterior enmascaramiento del fondo. La tela utilizada en dicho proceso de restauración es muy semejante a la original, con trama muy cerrada de tipo Velázquez.

Como examen previo al proceso de restauración, señalaremos que el barniz se encontraba en pésimo estado, oxidado por el paso del tiempo y los agentes externos: contaminación ambiental, calefacciones, polvo..., produciendo un ensombrecimiento general y confiriéndole a la pintura un tono amarillento que desvirtuaba por completo sus valores cromáticos.

Respecto a la capa pictórica, se trata de un óleo sobre lienzo con aglutinante oleorresinoso cuyos colores predominantes son sombras, tierras, ocre, rojos y carnaciones.

En lo que se refiere a su estado de conservación, existían numerosas deformaciones y faltas de pintura; los estucos, mal nivelados, cubrían en parte la pintura original.

El bastidor, con travesaño central y cuñas a la manera española, se encuentra en buen estado de conservación y no presenta grietas.

Con respecto al tratamiento efectuado, en primer lugar se eliminaron las deformaciones del soporte. Posteriormente, se llevó a cabo un estudio analítico, realizado a una micromuestra tomada del barniz que presenta la obra, con el objetivo de caracterizarlo. Las técnicas de análisis utilizadas fueron las siguientes:

– Cromatografía en Capa Fina de Alta Resolución (HPTLC).

– Espectroscopía Infrarroja por Transformada de Fourier (FTIR).

El resultado de este análisis dio que el barniz correspondía a una resina diperténica de tipo colofonia,

utilizándose, por tanto, para su eliminación las mezclas de disolventes propuestas entre los grupos cinco y once de la tabla del IRPA. Para completar el estudio analítico se realizaron fotografías con luz ultravioleta, constatando así los repintes existentes.

Durante el proceso de limpieza se hicieron una serie de fotografías como testigos del grado de oxidación y suciedad superficial que presentaba el barniz. Se estucaron las faltas de pintura distribuidas por toda la superficie pictórica y del roto existente, barnizándose a continuación a brocha, para posteriormente llevar a cabo la reintegración de dichos estucos. Por último, se matizó la obra con barniz en spray.

Tras la restauración, el retrato de estas dos destacadas personalidades de la España de su tiempo ha recuperado toda su calidad artística y su fuerza evocadora, sirviendo como ejemplo destacado de la maestría de José Moreno Carbonero en su faceta de retratista. No debemos olvidar, al respecto, que el retrato de la Reina María Cristina de Habsburgo-Lorena que preside la Cámara Oficial del Palacio Real de Madrid, uno de los más bellos retratos oficiales que conserva el Patrimonio Nacional, es obra de este gran pintor, más conocido por sus espléndidas pinturas de tema histórico como “El príncipe don Carlos de Viana”, “Conversión del Duque de Gandía” y “Entrada de Roger de Flor en Constantinopla” que figuran sin duda entre lo mejor que produjo el género en España².

MADRE E HIJA: DOS PERSONALIDADES, DOS ÉPOCAS

Las retratadas son, como decía anteriormente, doña María de la Concepción Roca Tallada y Castellano, condesa de la Viñaza, y su hija Carmen Muñoz y Roca Tallada.

La primera había nacido en Zaragoza el 4 de noviembre de 1864 y contrajo matrimonio el 10 de septiembre de 1886, en Panticosa, con don Cipriano Mu-

Fotografía del cuadro, antes de la restauración, con luz ultravioleta.





Moreno Carbonero retratando a la Condesa de la Viñaza y su hija. Fotografía de 1904.

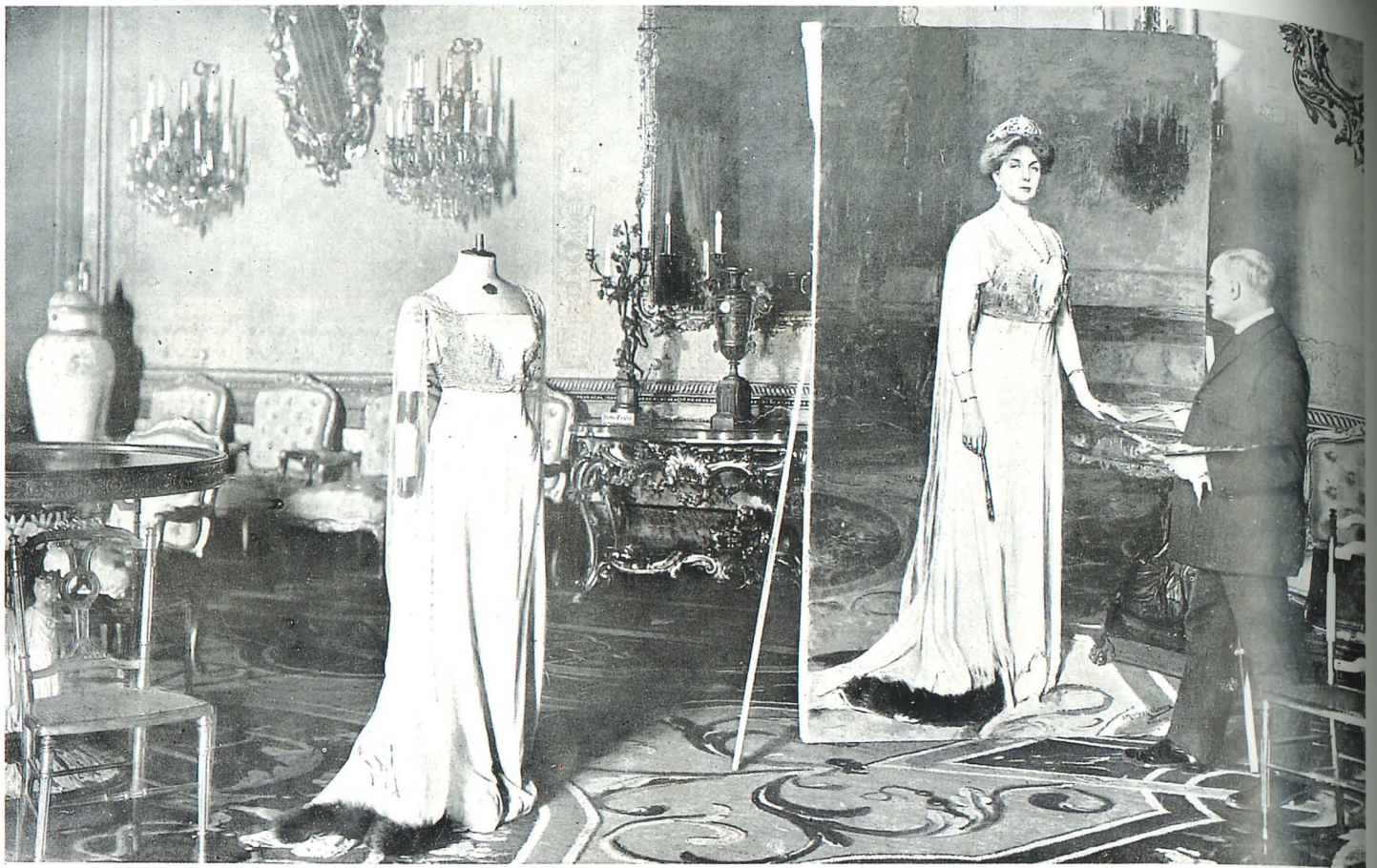
z y Manzano, II Conde de la Viñaza, miembro destacado de la diplomacia española de la Restauración, embajador en Lisboa, San Petersburgo, la Santa Sede y Roma, lo que le permitió conocer en una posición privilegiada desde el ocaso de la Rusia zarista hasta la llegada de Mussolini.

En Portugal primero y en Rusia después, acondicionó los edificios que albergaban las embajadas de España, encontrando en ambos casos sendos caserones abandonados, casi inútiles para la función que el gobierno español había decidido darles. El problema era especialmente grave en Rusia pues el palacio en cuestión se encontraba casi vacío y en un estado de deterioro que hacía imprescindible una intervención importante y urgente.

El propio embajador asumió una parte considera-

ble de los enormes gastos que dichas obras y adquisiciones representaban, llegando a verse en la necesidad de vender el balneario de Panticosa, parte principal de la herencia que su mujer recibiera a la muerte de su padre y del que la Condesa no vaciló en desprenderse en la tradición de la vieja diplomacia española. Este sacrificio no dejó de influir en el ánimo de Alfonso XIII cuando el siguiente año (1910) otorgó la Grandeza de España a don Cipriano, para sí y sus sucesores, en el Condado de la Viñaza.

Fue, por otra parte, doña María de la Concepción la más eficaz colaboradora que pudiera encontrar su marido a lo largo de toda su carrera, convirtiéndose, como perfecta anfitriona y ama de casa, la representación diplomática donde se encontraran destinados en una de las más brillantes embajadas.³



Moreno Carbonero, en el Salón de Carlos III del Palacio Real de Madrid, dando las últimas pinceladas al retrato de la Reina Victoria Eugenia.

Muere nuestra dama, al igual que su marido, en Biarritz, tras catorce años de viudedad, el 2 de enero de 1948, en "Les Trois Fontaines", su residencia veraniega, donde permaneció largos años el cuadro que nos ocupa.

LA CONDESA DE YEBES

Más que la madre, siguiendo con dicho cuadro, atrae la mirada la figura de la niña que, junto a ella, como buscando su protección, mira al espectador con una intensidad impropia de su edad. Hay en esa mirada tanta timidez como inteligencia, así como cierta reserva que no desaparecerá del todo a lo largo de su vida. Pero hay, sobre todo, una gran curiosidad que también va a acompañarla el resto de sus días y será uno de los motores de su vida.

Es esa niña quien realmente centra todo el cuadro. Su retrato, en el que se perciben ecos de Renoir, está pintado con una soltura que no tiene el de la embajadora, cuya expresión es, por cierto, más serena y acogedora que la que se observa en esa pequeña modelo que parece resistirse a posar, como se intuye también al examinar la fotografía en la que aparecen el pintor y las dos retratadas en el momento de serlo. A pesar de esto, es con la niña con quien Moreno Carbonero consigue, en esta obra, su gran éxito: esa imagen impresionista de una criatura enmadrada y

hostil al mismo tiempo, que por sí sola justifica todo el cuadro.

Esta niña conocerá un destino excepcional que le permitirá tratar a los personajes más interesantes de su época. A través de los cambios sociales y políticos que sufrirá la España convulsa de su tiempo, vivirá intensamente sus años de juventud y madurez, situada en una posición privilegiada que sabrá aprovechar para rodearse de las desmesuradas personalidades que, en aquellos momentos, llevaban a cabo las producciones artísticas y literarias que le dieron a aquel periodo una altura que le valió el ser considerado como la Edad de Plata de la cultura española.

Carmen Muñoz y Roca Tallada destacó muy pronto por su belleza y esmeradísima educación, recibida en su casa paterna, desarrollándose en ella desde la infancia las que serían sus principales aficiones: la música, la literatura y la historia.

En 1922 contrae matrimonio, en Madrid, con don Eduardo Figueroa y Alonso-Martínez, conde de Yebes, hijo del conde de Romanones, que en ese año se encuentra aún en la cumbre de su carrera política, una de las más largas y exitosas que se dieran en el reinado de Alfonso XIII⁴. Aún no ha tenido lugar el golpe de estado del General Primo de Rivera y la influencia de Romanones, jefe del Partido Liberal, es inmensa en distintos ámbitos de la vida española. Entrar a formar parte de su familia llevaba aparejado el disfrutar de un gran protagonismo social, que en este caso se vería re-



Detalle del cuadro en el proceso de limpieza.

forzado por la personalidad del novio. El Conde de Yebes es una figura imprescindible a la hora de escribir la historia de la caza en la España del siglo XX. Gran cazador, fue autor también de libros y artículos de tema venatorio entre los que destaca "Veinte años de caza mayor" (Madrid, 1943), prologado por Ortega y

Gasset en lo que vino a ser un tratado filosófico sobre la caza del gran pensador.

Independientemente de su pasión por la naturaleza⁵, fue arquitecto y extraordinario dibujante y escultor animalista, ingresando en la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Detalle del cuadro en el proceso de limpieza.





De izquierda a derecha: sobrinos de Mary Pickford, Edgar Neville y Sra. (Condes de Berlanga), Mary Pickford y Douglas Fairbanks, Condes de Yebes y Douglas Fairbanks (hijo) en "Pickfair", finca del matrimonio Fairbanks en Hollywood donde se rodó un divertido cortometraje con guión y dirección de Chaplin.

DOS PERSONAJES POLIFACÉTICOS

Algo que llama la atención al acercarnos a los condes de Yebes es la diversidad de sus actividades y aficiones, la amplitud de sus intereses y, en suma, su espíritu abierto que les permitió moverse con gran soltura en los más distintos ambientes, como cuando en 1928 viajan a Estados Unidos para conocer de cerca la arquitectura americana de vanguardia, los rascacielos, tema sobre el cual, de regreso en Madrid, pronunciaría una conferencia en la Residencia de Estudiantes en enero de 1929 que honró con su presencia don Alfonso XIII.

De Nueva York los Yebes se trasladan a Hollywood que se consolida como capital internacional del arte cinematográfico. Allí tendrán como anfitriones a la pareja de actores Douglas Fairbanks y Mary Pickford y traban amistad con Charles Chaplin, que llegó a dirigir un cortometraje en cuyo reparto figuraban los Condes de Yebes junto a cineastas tan consagrados como el propio matrimonio Fairbanks, cuya casa servía también de escenario para la grabación. No se conserva, al menos en España, ninguna copia de esta película pero sí abundantes fotografías de su rodaje⁶.

En aquellos años es frecuente la aparición en la prensa española del matrimonio Yebes, participando en acontecimientos sociales, deportivos o culturales. A modo de ejemplo, citaré la reseña aparecida en "Blanco y Negro" en octubre de 1930 en la que la condesa de Yebes abría el baile con el Infante don Jaime y otras cuatro parejas, entre las que figuraban los Reyes de España y las Infantas, sus hijas, en un baile benéfico celebrado en Biarritz⁷. Últimos splendores de un mundo que se iba.

TERMINAN UNA ÉPOCA Y UN REINADO

La Monarquía, con sus usos y costumbres tradicionales que habían sobrevivido dentro de la Corte y en los medios sociales cercanos a la misma, había sido el marco en el que, hasta entonces, se había desarrollado la vida de los condes de Yebes y sus familias. Ella había tratado a los Infantes que visitaron en varias ocasiones "Les Trois Fontaines", la citada casa de los condes de la Viñaza en Biarritz.

Él, por su parte, había pertenecido al llamado "Gran equipo" de polo formado por los tres hermanos Figueroa (los condes de Velayos y Yebes y el marqués de Villabrágima) y S.M. el Rey⁸, por lo que, salvando las respetuosas distancias, llegó a nacer entre ellos una verdadera camaradería.

Juntos, después de su matrimonio, solían visitar al Príncipe de Asturias en los Reales Sitios cercanos a Madrid, a los que don Alfonso solía retirarse a causa de su precaria salud. Carmen Figueroa y Muñoz⁹ conservaba una fotografía en la que aparecen sus padres junto al Príncipe en un paraje boscoso cercano a La Granja de San Ildefonso. Sentados en el suelo vemos al heredero de la Corona, cuya juventud no logra esconder la fragilidad que condicionó toda su existencia, y junto a él una radiante figura femenina que le presta al documento toda su gracia de joven señora, elegante y aplomada. Detrás de ellos, en pie, se recorta sobre los pinares la figura castiza del Conde que sostiene entre sus labios una larga boquilla. Setenta años después, esta imagen sigue dando testimonio de la amistad entre aquel príncipe que no lle-

gó a reinar y la joven pareja que aquel día le acompañaba.

Por esa misma época, la niña retratada por Moreno Carbonero, convertida en famosa belleza, posa para otro pintor de reyes: Manuel Benedito.

En este retrato, pero sobre todo en su magnífico estudio preparatorio, Carmen Yebes parece simbolizar a la mujer ideal de los años veinte; esbelta toda su figura, el cuello largo sostiene una cabeza airosa y menuda donde destacan sus grandes ojos oscuros, que como en el retrato de su infancia miran directamente al espectador, los cortos cabellos peinados a la moda de entonces, en corta melena, la postura relajada del cuerpo y la mano apoyada en la cadera en actitud entre indolente y garbosa, nos sitúan a una gran distancia del espíritu académico de aquel otro retrato de la misma modelo a sus tres años de edad. Entre un cuadro y el otro no han pasado ni veinte años pero se diría que todo un siglo les separa y es que, en muchos aspectos, la de Moreno Carbonero era todavía la España del siglo XIX mientras que cuando Benedito realiza este retrato el siglo XX ha irrumpido estrepitosamente con sus enormes cambios sociales. El pintor refleja perfectamente la estética imperante, la nueva mentalidad que ha ido calando en la sociedad española. La idiosincrasia de la condesa de Yebes está ya muy lejos de ser la de su madre, porque entre las épocas que a cada una de ellas les ha tocado vivir se ha producido un cambio tan profundo que es casi una ruptura; lo que había sobrevivido del mundo anterior a la Primera Guerra Mundial está a punto de desaparecer barrido por la Segun-

da. Entre una y otra, en sólo dos décadas, Europa ha perdido la hegemonía mundial, aunque aún no lo percibe claramente porque continúa ostentando, sin discusión, la primacía cultural en todo el planeta.

A pesar de las amenazas que empiezan a nublar el horizonte, aquellos eran los últimos momentos de felicidad completa que vive la espléndida joven inmortalizada por Benedito, convertida en símbolo de un apasionante periodo: el que conocemos como el de "Entreguerras".

Cuando media la siguiente década, la de los años treinta, tendrá que afrontar duras pruebas; la pérdida, sobre todo, de su primogénita, Mercedes, muerta sin haber salido de la infancia en vísperas de la gran tragedia colectiva que fue la Guerra Civil.

CARMEN YEBES Y LA GENERACIÓN DEL 27

Pero antes de verse en esa encrucijada dramática, durante la II República, como ya lo hiciera antes, Carmen Yebes sigue apasionadamente los acontecimientos de la vida cultural española gracias al hecho de contar entre sus mejores amigos a personajes como Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset¹⁰ y Ramón Gómez de la Serna. Fue en su casa donde García Lorca leyó en público por primera vez uno de sus dramas aún no escenificado, "La casa de Bernarda Alba". Fue ella también una de las primeras personas que descubrió el genio de un joven pintor, desconocido aún del gran público, Juan Miró, al que compró

En primer plano, sentados, don Alfonso, Príncipe de Asturias, y doña Carmen Muñoz y Roca Tallada, Condesa de Yebes; tras ellos, don Eduardo Figueroa y Alonso-Martínez, Conde de Yebes, y Sr. Uzquiano, de la Casa del Príncipe. La Granja de San Ildefonso, hacia 1930.



una de las primeras obras que éste consiguió vender. De esta etapa conservaba en su archivo, cuidadosamente clasificadas, las cartas de aquellos intelectuales que se dirigen a ella como a alguien capaz de aconsejarles en sus trabajos o en sus asuntos personales como una buena amiga. Eso es lo que fue para ellos, antes que nada, aquella señora de la sociedad madrileña que desde muy joven había mostrado claro interés por la cultura.

Leopoldo Rodríguez Alcalde ha recordado en un libro reciente la figura de Carmen Yebes y lo que representó en el Madrid de la segunda y tercera décadas del siglo pasado: "Carmen Muñoz, condesa de Yebes, hija de los condes de La Viñaza, destacaba a la vez por su belleza deliciosa y por su finísima curiosidad intelectual. Fue amiga de artistas y de poetas, reveladora de Miró, tertulia de Lorca, admiradora de Alberti y Marichalar, historiadora y biógrafa de fino estilo y de cuidada documentación. Posiblemente fue retratada por Agustín de Foxá en su novela "Madrid de corte a checa" bajo el nombre de marquesa de Cañizar"¹¹. El párrafo al que se refiere Rodríguez Alcalde en la citada obra dice textualmente: "... era una mujer interesante: poseía el salón más codiciado de Madrid, donde reunía a lo más refinado de la sociedad, mezclando lo mundano con lo intelectual y lo político... había en ella un ansia de refinamiento y generosidad en medio de aquel Madrid chabacano e iracundo. Las señoras feas decían que era comunista"¹².

Si realmente pensaba Foxá en la condesa de Yebes al describir a su bella marquesa de Cañizar, al hablar del comunismo que "las señoras feas" atribuían a esta señora, se habría permitido una licencia literaria, pues no ha quedado rastro de semejante rumor que, por otra parte, no dejaría de ser algo incongruente y contradictorio. Lo que sí le atribuyeron dichas señoras y otras personas que no pertenecían a su círculo de amistades, es que durante aquellos años la condesa sentía una simpatía, más o menos manifiesta, por la flamante República, debida a su amistad con algunos de aquellos prominentes republicanos que frecuentaron su casa y entre los cuales empezaba a figurar ella misma como elemento activo de la vida cultural madrileña. La leyenda de su republicanismo pudo alimentarse, por lo tanto, a causa de su talante abierto y libre de prejuicios a la hora de escoger a sus amigos. Como escribió al respecto Gonzalo Anes, actual Presidente de la Real Academia de la Historia, en un artículo publicado a la muerte de esta señora: "fue buena, fiel amiga, sin altibajos en su afecto. Nunca se dejó llevar por situaciones que influyeran negativa o positivamente en la consideración social de que gozaran sus amigos"¹³. No habla don Gonzalo, en su necrológica, de las ideas políticas de la finada, ni de las leyendas o rumores que la envolvieron, pero nos da una clave para buscar su origen: ese no dejarse llevar por la consideración social que disfrutasen sus amigos y que él destacó, podemos hacerlo extensivo a las ideas políticas de los mismos a la hora de incluirles o no en su círculo más íntimo. Amigos los tuvo, desde luego, de ideologías muy distintas, a veces contrapuestas y extremas, pero en ellos admiraba, ante todo, su inteligencia y su vocación cultural.

ESCRITORA E HISTORIADORA RIGUROSA

Dentro de esa vocación genérica por la cultura¹⁴, la condesa de Yebes desarrolló, en la tradición de su propio padre, sus dotes innatas como escritora e historiadora, traspasando el límite que separa al simple dilectante del investigador. Publicó sus estudios sobre personajes históricos, escritos con verdadero rigor científico y un estilo sobrio que huía de la erudición farragosa que a tantos lectores potenciales ha alejado de este género.

La condesa de Yebes narraba los hechos de manera asequible, sin añadir, casi, comentarios propios que pudieran desvirtuar la realidad histórica que describía, sin omitir por ello ningún dato de interés sobre el personaje y su época.

Las obras que llegó a publicar fueron todas biografías históricas: "Doña Juana Enríquez, madre del Rey Católico" (Madrid, 1945), "La Marquesa de Moya" (Madrid, 1966), "Vida de doña María Pacheco, el último comunero", destacando en su producción "La Condesa Duquesa de Benavente, una vida en unas cartas" (Madrid, 1954), en que recoge la biografía de aquel gran personaje femenino de la Ilustración española, mecenas de Goya, que presidía el "salón" más importante y construyó la finca de "El Capricho", en la Alameda de Osuna, que, hoy recuperada, aún refleja todo un estilo de vida. En ella, Carmen Yebes nos acerca a la sociedad madrileña del reinado de Carlos IV, subrayando el importante papel que desempeñó en la misma la mujer ilustrada.

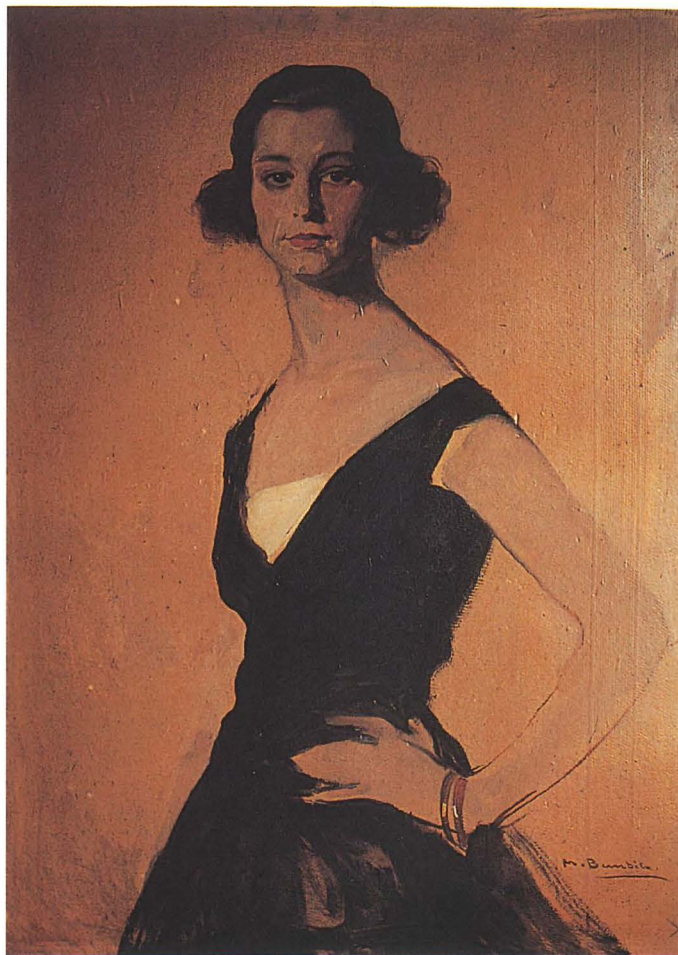
Medio siglo después de su publicación, se cita esta obra como fuente fiable de la historia de aquel periodo por alguien tan prestigioso como la académica doña Carmen Iglesias, que alaba el trabajo de la condesa de Yebes a quien debemos el conocimiento profundo de la vida y el salón de la Benavente¹⁵.

Alguien que también apreció sus dotes como narradora ya en su juventud fue José Antonio Primo de Rivera que, al final de su vida, en mayo de 1936, le dirige una carta¹⁶, hasta ahora inédita, pidiéndole que sea ella quien algún día recoja los aspectos más desconocidos de su vida, en lo que hubiera sido una interesantísima biografía del fundador de Falange Española. Carmen Yebes conservó dicha carta, enmarcada, sobre su mesa de trabajo, durante medio siglo, lo que demuestra que sus amigos no fueron solamente los intelectuales republicanos a los que ha quedado asociada su memoria.

A su muerte, ocurrida en Madrid el 4 de mayo de 1988, la prensa madrileña rinde tributo a su personalidad con firmas como las de Soledad Ortega, Antonio Fernández-Cid y el ya citado Gonzalo Anes, en el diario "ABC" de 5 de mayo. Ese mismo día, "El País" le dedicaba también una extensa nota necrológica destacando su relación con el mundo de la cultura. Breves apuntes biográficos sobre una figura difícilmente repetible, producto de un tiempo, una educación y una manera de entender el mundo y la vida que pertenecen ya, en gran medida, al pasado, pero que sería muy positivo poder recuperar por lo que entrañaba de interés verdadero por las creaciones más elevadas del intelecto humano.

1. Sobre Moreno Carbonero (1860-1942), véase M. T. Sauret, *El siglo XIX en la pintura malagueña*, Málaga, 1987, pp. 708-711. Carlos Reyero, en C. Reyero y M. Freixa, *Pintura y escultura en España, 1800-1910*, Madrid, 1995, pp. 232-234. María Elena Gómez Moreno, *Pintura y Escultura españolas del siglo XIX*, Summa Artis, vol. XXXV, Madrid, 1997, pp. 395-397.
2. Véanse las papeletas redactadas por José Luis Díez en *La pintura de historia del siglo XIX en España*, Cat. Exp., Museo del Prado, Madrid, 1992, pp. 336-340, 388-395 y 430-435. Asimismo, C. Reyero, *La época de Carlos V y Felipe II en la pintura de historia del siglo XIX*, Cat. Exp., Valladolid, 1999, pp. 260, 261 y 262.
3. Además de esta faceta de personaje público que absorbió la mayor parte de sus energías, poseyó el Conde de la Viñaza una cultura extraordinaria que se proyectó en una larga trayectoria como escritor, reflejada en una larga serie de publicaciones en las que cabe destacar su erudición en materias como la Historia de España y la Literatura del Siglo de Oro. Fue Doctor en Filosofía y Letras, Académico de las Reales de la Lengua, de la Historia y de Jurisprudencia y Legislación. Asimismo, fue amigo y corresponsal de Menéndez Pelayo en cuyo archivo-biblioteca de Santander se conserva una colección de cartas de Viñaza junto con la copia de las respuestas de D. Marcelino, abarcando un periodo de 27 años (1885-1912), que demuestran la gran afinidad y mutua consideración que existió entre ellos. Fue, por último, don Cipriano, Diputado a Cortes y Senador del Reino, Gran Cruz de Carlos III, de Isabel la Católica y del Mérito Militar.

Su esposa, doña María de la Concepción fue, a su vez, Dama de la Maestranza de Zaragoza y alcanzó en 1908 la más alta distinción que la Corte de España concedía a una señora: el lazo de Dama Noble de María Luisa. Véase, Alfonso de Ceballos-Escalera y Gila, Marqués de la Floresta, *La Real Orden de Damas Nobles de María Luisa*, Madrid, 1998, p. 308.



Manuel Benedito, *Retrato de doña Carmen Muñoz y Roca Tallada, Condesa de Yeves*, 1922. Colección particular, Madrid.

4. Romanones había ocupado buena parte de los cargos a los que un político podía aspirar: Ministro de varias carteras, Alcalde de Madrid, Gobernador Civil, Presidente del Consejo de Ministros... Formó parte del primer gobierno de Alfonso XIII en 1902, y en 1931 figuraría también en el último.
5. El conde de Yeves fue el creador, en 1952, de la Junta de Homologación de Trofeos de Caza.
6. El *Blanco y Negro* de 31 de marzo de 1929 publica una larga entrevista realizada por Ramón Martínez de la Riva al conde de Yeves que lleva por título "Un Arquitecto Español en Los Angeles" en la que el entrevistado relata la grabación de un cortometraje del que Chaplin fue guionista y director. Se trataba de una historia de amor que servía como pretexto para reflejar ciertas consecuencias de la guerra europea.
7. Dicho baile se celebró en el Club de Golf de Chiberta en Biarritz con asistencia de la familia real española. La reseña, firmada por el cronista "Madrizzy", dice textualmente: "Su Majestad el Rey abrió el baile con la Marquesa [sic] de París; Su Majestad la Reina bailó con el Duque de Tamames; las Infantas Doña Beatriz con el Conde de Chevigné y Doña Cristina con el Marqués del Mérito, y el Infante Don Jaime con la bella Condesa de Yeves". Véase *Blanco y Negro*, n° 2.056 de 12 de octubre de 1930.
8. Francisco Tur de Montis Figueroa, *Conde de Yeves. Artículos II, Una puerta color verde hoja*, "Alfonso XIII jugador de polo", Sevilla, 2001, pp. 193-200.
9. Carmen Figueroa Muñoz, condesa de Yeves, falleció en el mes de agosto de 2001.
10. Es precisamente 1936 cuando Ortega la anima a traducir la obra de Julius Klein, "La Mesta", publicada ese mismo año por la editorial de la Revista de Occidente.
11. Leopoldo Rodríguez Alcalde, *Crónica del veraneo regio*, Santander, 1991, p. 336.
12. Agustín de Foxá, *Madrid de corte a checa*, Madrid, ed. 1962, p. 167.
13. Diario *ABC* de Madrid, de 5 de mayo de 1988, sección "Las caras de la noticia" y pp. 61 y 64.
14. Un dato curioso a este respecto: según información proporcionada por D. Bonifacio Escalona, administrador de la revista «Goya», los condes de Yeves estuvieron suscritos a dicha publicación desde 1965 a 1988.
15. María del Carmen Iglesias, *Nobleza y Sociedad en la España Moderna II*, Oviedo, 1997, capítulo "La nueva sociabilidad. Mujeres nobles y salones literarios y políticos", pp. 191 y 197.
16. Querida Carmen, te envió la revista que te prometí y un ejemplar de los discursos de la Comedia en que empezó nuestro movimiento. En ellos encontrarás algunos datos para mi biografía externa encomendada a futuros historiadores superficiales, pero tampoco se te ocultarán algunos rasgos reveladores de mi biografía interna que tú estás llamada a escribir. Dios te lo pague. Sabes que es tu buen amigo. José Antonio (Chamartín de la Rosa, 27-V-36).